

EL QUICO

Cuando consultaba, en la hemeroteca, la edición de La Vanguardia del seis de enero de mil novecientos sesenta, habían pasado más de veinte años desde esa fecha. En la primera página se daba cuenta de la muerte, en San Celoni, del bandolero Francisco Sabater. Cayó abatido por las fuerzas de Orden Público, tras escapar de una masía donde, junto con sus secuaces, tuvo retenida a una familia. Sin embargo, mis recuerdos eran otros: dolorosos pero cálidos, escondidos pero reveladores, lejanos pero nítidos.

Ese día, amaneció radiante aunque el sol era un mero espejismo de luz, ausente de calor. Me lavé con el agua de la jofaina que el abuelo subía todas las mañanas del pilón. El contacto del líquido con mi cara, borraba cualquier atisbo de pereza remarcando los rosetones que el frío dibujaba en mis mejillas. Mientras desayunaba, mi madre entró en la cocina con la cara descompuesta, blanca como el delantal que llevaba atado a su cintura. Su padre la contempló intrigado pero, antes de poder hacerle pregunta alguna, un hombre alto, fornido, con barba de varios días que empuñaba una ametralladora, le dio la respuesta. Se dirigió a él.

— ¿Qué queréis? —le preguntó con absurda tranquilidad secando sus manos.

— Comida y poder descansar. Soy Quico Sabater, ni mis camaradas ni yo queremos haceros daño —respondió en tanto se desabrochaba la pelliza.

— Mañana nos iremos.

— Si os pillan aquí, no tendréis opción —contestó el abuelo acariciando mi cara.

— No tienen por qué pillarnos pero, si es así, entonces, hasta aquí habremos llegado —se limitó a responder sentándose en uno de los taburetes mientras cogía un mendrugo que yo había mordisqueado antes.

Así conocí a “El Quico”, personaje célebre en toda la comarca. Anarquista militante, su convicción de que, tras la derrota había que continuar la lucha, era tan fuerte que llegó a enfrentarse con el propio aparato de la CNT iniciando, por su cuenta, una serie de acciones que le llevaron, con otros cuatro compañeros, hasta nuestra masía.

Cuando el abuelo supo que eran cinco hombres, le dijo que no había comida para tantos. Él, como respuesta, sacó un fajo de billetes del pantalón de pana, dándole unos cuantos a mi madre para que bajara al pueblo a comprar. El abuelo intentó que le dejaran ir a él, pero se negaron en redondo. Mi madre hizo un gesto con la mano en alto para que no porfiara, cogió su capazo y se dirigió a la puerta. Cuando salía, Sabater le recordó que yo me quedaba a su cuidado, que no tardara, que volviera sola. Su semblante se tensó al ver cómo me cogía por la nuca mientras ordenaba su encierro y vigilancia a dos de sus camaradas. Cuando nos quedamos a solas, me indicó que me sentara cerca del la lumbre, agarró una banqueta y se colocó junto a mí, mientras yo le miraba magnetizado, con los ojos muy abiertos. Había oído hablar de él. Dependiendo de quién lo hiciera, resultaba ser un miserable o un héroe, aunque casi nadie se atrevía a opinar esto último en público. Mostrar admiración por un maquis, podía significar, en el mejor de los casos, una paliza o la cárcel. Sonrió al ver mi expresión.

— ¿Tienes miedo?

— Yo no tengo miedo a nadie.

— Eso está bien, me guiñó un ojo, un hombre no debe temer a nada ni a nadie —dijo mientras masticaba un trozo de pan.— ¿Cuántos años tienes?

— Siete, —respondí sin poder apartar la vista de la ametralladora.— ¿Pesa mucho?

Al ver que me refería al arma, hizo un gesto tratando de ocultarla, molesto por tener que empuñarla ante mí.

— Mi hijo debe ser tan alto como tú, tiene tu edad, —fue su respuesta, acompañada con un esbozo de sonrisa y un fondo de melancolía en la mirada.

— No me has contestado, ¿pesa mucho? —insistí.

— Para ti, sí.

— Me gustaría tener una pistola como esa.

— No es una pistola es... —Me pareció que, en voz baja, se obligaba a callar.

Tras un instante continuó.— te haré una de madera para que juegues.

— ¡¿De verdad?!

Me levanté entusiasmado pero, cuando iba a preguntar cómo sería, otro de los hombres apareció por la puerta diciendo que habían encerrado al viejo en una habitación, que no opuso resistencia pero le encargó decir que quería hablar con él. Quico dio órdenes para que se apostara en el arroyo mientras un par de ellos vigilaban desde el establo y otro, detrás de la casona. Cuando su camarada salió, me pidió que buscara un trozo de madera mientras iba a hablar con el abuelo. Respondí con tal determinación que iría con él que suspiró e hizo un ademán para que le siguiera. Al abrir la puerta del cuarto, el abuelo frunció el ceño y le interrogó con un gesto.

— No me hubiera dejado venir solo. Tu nieto tiene agallas.

— No tenéis ninguna oportunidad, ¿lo sabes verdad? —fue su respuesta mientras se acercaba a la ventana.

— Me he visto en otras peores, —contestó encendiendo una colilla con su chisquero.

— Si quieres, os puedo pasar a Francia, lo he hecho otras veces. Arriesgado pero posible.

Siempre me intrigaron las salidas nocturnas del abuelo, para cazar según él. Frecuentemente terminaban en pelea con mamá porque, pensaba yo entonces, una vez

tras otra volvía con las manos vacías. Años después, comprendí el significado de sus palabras y de esas ausencias. Quico negó con la cabeza.

— Tengo que llegar a Barcelona.

— Os cazarán como conejos. —se volvió y le miró a los ojos. —Quico, perdimos la maldita guerra y los dirigentes de tu querida Confederación y mi Partido, se han preocupado más por sus intereses que por otra cosa. A ellos este país, los que nos hemos jugado la vida y la de nuestras familias durante veinte años, les importamos una puñetera mierda. No merecen ese sacrificio.

—No lo hago por ellos. —El abuelo le interrogó con un gesto y él continuó— Lo hago por mi hijo, igual que tú lo haces por él, —dijo señalándome. — Para que puedan tener un mañana con dignidad, porque, a diferencia de nosotros, puedan elegir cómo quieren vivir. Para que no tengan que volver a sentir el odio y la locura que nos llevó a matarnos entre hermanos. Tú deberías entenderlo.

— Lo que yo entendí, hace mucho, es que quiero vivir en paz el tiempo que me queda. Que nuestro sueño de no ser esclavos de nadie, se esfumó el uno de abril de mil novecientos treinta y nueve y que, a partir de ahí, en Méjico, en Francia o en Rusia, nuestros líderes solo se han ocupado de salvar su trasero y darse puñaladas por la espalda. Pregúntaselo a quienes intentaron en el Valle de Aran. No Quico, el único sueño ahora, es que mi nieto viva en paz, pueda trabajar y no tenga que matarse con nadie.

— Los comunistas siempre tan pragmáticos.

— Quizás. Sólo te pido que, hagas lo que hagas, no pongas en peligro la vida de mi nieto ni de mi hija, porque... —Me pareció que sus ojos se anegaban. Tras recobrar la calma con un suspiro, continuó.— si necesitas cobertura, úsame a mí. Que los civiles me den una paliza más, ya no importa, agoté mi cuota de dolor en los seis años que pasé

en Cervera.

— Te prometo que no os pasará nada. Salvo que tu hija se vaya de la lengua, cuando lleguen, no estaremos aquí.

— Quico, pareces nuevo. ¿Crees que mi hija baje al pueblo a comprar en cantidad inusual, va a pasar desapercibido? —contempló cómo el semblante de su interlocutor se ensombrecía.— Por eso quería ir yo, hubiera despistado más. Iros ahora, es la única posibilidad que tenéis.

— Los camaradas necesitan descansar, comer. Si no lo hacen, no llegaran lejos. Yo, también lo necesito —reconoció finalmente.

Dejé la habitación con tristeza. Aun sin comprenderla, el tono de la conversación me generó una extraña sensación de desasosiego. Supe que se avecinaban horas difíciles. Pero mi mente de niño, borró rápido esas nubes y corrí a la leñera de donde salí con un pedazo de madera para el guerrillero. Servirá, contestó mientras revolvía mis cabellos con su áspera mano. En ese momento apareció mi madre y él recobró la gravedad en el gesto.

— ¿Te han seguido?

— No, que yo sepa, —respondió ella, colocándose el pelo en un discordante gesto de coquetería.— Les cocinaré algo.

—Te lo agradezco y no me llames de usted. —dijo mientras la contemplaba acercándose al fogón.

Se sentó, sacando una navaja para trabajar la madera mientras silbaba una cancioncilla. Al remangarse, pude ver una fea cicatriz en su antebrazo derecho.

— ¿Te dolió? —interrogué señalando la alforza.

— No, —afirmó mirándose el brazo.— estas cosas no duelen. Doler de verdad, chaval, duele el alma. Si es que existe.

— Pues cuando me corté con la guadaña, si me dolió.

Volvió a sonreír, pero cuando iba a contestarme, mi madre puso sobre la mesa un plato con huevos fritos y carne de conejo, luego me mandó a mi cuarto. Respondí que no, que quería estar allí, pero me amenazó con darme un pescozón y repitió la orden. Busqué apoyo en él pero, tras sostener unos instantes una mirada cómplice con mi madre, sentenció:

— Obedece y, pase lo que pase, no salgas de allí. Mañana tendrás tu pistola.

Fue la última vez que vi a Quico Sabater. Salí de la cocina sin entender por qué mi madre me echaba. Renegando de los mayores me encerré en el dormitorio, donde el aburrimiento me venció, me quedé dormido. Desperté a la caída del sol, primero escuché gritos de uno de los hombres que le acompañaban. Tras un breve silencio, una orden llegó con claridad.

— ¡Alto a la Guardia Civil!, ¡daros por presos!

— ¡Nunca! ¡Viva el anarquismo libertario! —creí reconocer su voz en la respuesta.

Inmediatamente comenzaron a sonar disparos, primero de uno en uno, luego en ráfagas. La curiosidad infantil me hizo asomar a la ventana pero, justo en ese momento, mamá entró chillando que ni se me ocurriera. Cerró con rapidez las contraventanas, obligándome a tumbarme con ella en la cama, donde me abrazó con fuerza. No sé cuánto tiempo permanecimos así, escuchando letanías de tiros y los rezos de mamá que tanto enfadaban al abuelo, alternándose con sus lágrimas. Finalmente me quedé dormido, derrotado por el cansancio, cuando ya era noche cerrada.

Me despertó la luz del sol entrando por las rendijas de la ventana. Mi madre no estaba allí pero, al levantarme, sobre la mesilla, contemplé una perfecta pistola de

madera. La cogí y simulé entusiasmado que disparaba con ella, intentando repetir los sonidos que había escuchado antes de dormirme: ¡pum, pum! Bajé corriendo las escaleras, al no encontrar a nadie en la cocina, enfilé hacia la entrada para enseñar a mi madre y al abuelo el regalo de Quico.

Salí de la casa, la visión de dos guardias civiles que los mantenían contra la pared me dejó inmóvil. Enfrente había tendidos, en el suelo, cuatro cuerpos con varios balazos. Instintivamente me acerqué pero otro guardia me paró, agarrándome por el brazo mientras preguntaba a dónde creía que iba. Sentí las lágrimas invadir mis ojos pero, como me había enseñado el abuelo, apreté los dientes para contener el llanto. Más tranquilo, me fijé en los cadáveres. Aun tiritando de miedo, sonreí al comprobar que ninguno de ellos llevaba el pantalón de pana ni la camisa de Quico. Había escapado.

Al secarme el esbozo de lloro con el antebrazo, el guardia vio la pistola de madera que tenía en la mano derecha. Se acercó e intentó quitármela pero la agarré con firmeza. Él dio un tirón al que respondí con otro tan fuerte que se soltó de su mano. Me miró con hostilidad.

— ¡Es mía!, ¡él me la regaló! —grité con rabia, con tanto vigor como pude mientras notaba que las lágrimas volvían.

— ¿Esto es lo que enseñáis a los niños, los comunistas?

Preguntó mirando hacia la casa antes de sacudirme un bofetón. Mi abuelo dio un paso adelante pero, uno de los vigilantes, le pegó un culatazo que le hizo doblarse, mi madre se agachó a ayudarlo. Unas horas después llegó una furgoneta que se llevó los cuerpos y a mi abuelo que volvió una semana después, cojeando y lleno de moratones. Nunca volví a saber nada de Quico, nunca volvimos a mencionar el incidente, intentamos borrarlo de la memoria. Únicamente ella, alguna vez, silbaba la cancioncilla que le escuchamos en la cocina.

Hace unos días, oí en la radio que se iba a realizar un homenaje en Saint Celoni, donde estaba enterrado. Desde entonces he buscado el final de la historia para descubrir como consiguió escapar malherido de la masía y llegar hasta el pueblo en una huida épica. Como, finalmente, fue abatido por una patrulla del somatén y fue enterrado a hurtadillas, extramuros del cementerio del pueblo por ateo.

Ayer visité su tumba. No recé, creo que no le hubiera gustado pero, junto con un pequeño ramo de lavandas, dejé la pistola de madera que me regalaron sus manos, la que me hizo tan feliz.